

los que cometen excesos dignos de confusión! ¡Jonatases infelices, que por haber gustado un poco de miel son condenados á una muerte mucho más cruel y acerba que la que iba á sufrir aquel desventurado hijo por una desobediencia involuntaria! ¡Miseros cautivos que, desterrados en la Babilonia del mundo, en vez de sentarse junto á la corriente de su río, se precipitan en él, como dice admirablemente San Agustín, se sumergen y dejan llevar del torrente de la vanidad y los placeres, aunque al fin perezcan miserablemente.»¹ Decidme, cristianos oyentes, ¿qué más se necesita para aborrecer esta mortífera concupiscencia de la carne, y luchar resueltamente contra ella hasta sacudir su afrentoso yugo y ponerla debajo de los pies? Dirijamos ahora nuestras miradas á la concupiscencia de los ojos.

II.

6. No menos devoradora que la de la carne, la concupiscencia de los bienes terrenos se ha enseñoreado de los corazones de los hombres. ¿Quién es el hombre superior que ha mirado con ojos desdeñosos las riquezas? ¿á quién no ha deslumbrado siquiera momentáneamente el brillo del oro y de la rica pedrería? ¿quién no se ha extasiado delante de las magnificencias del lujo en las regias moradas donde habita la opulencia? Ya decía el Eclesiástico, lleno de admiración ante tan raro espectáculo: «¿Quién es el que no ha corrido en pos del oro y no ha puesto su esperanza en las riquezas? ¿Quién es este hombre extraordinario? Mostradlo para que lo ensalcemos, pues ha hecho milagros en su vida. . . . Tendrá por recompensa la gloria eterna. Sus bienes están asegurados en el Señor y toda la Iglesia de los santos será pregonera de sus limosnas.»² Tan difícil cosa es resistir á las seducciones de los objetos que brillan á nuestra vista con resplandor

¹ *Martínez y Sáez*, Serm. t. 1. ² Eccli. 31, 9 et seqq.

extraordinario y halagan el corazón con promesas de felicidad. Error universal y tan antiguo como el mundo ha sido creer que la felicidad consistía en la posesión de las riquezas. «Dichoso llamaron al que las posee», observaba el profeta David; pero debieran haber dicho: «Dichoso el pueblo cuyo Señor es Dios.»¹ ¡Qué difícilmente comprende el hombre la vanidad de los bienes terrenos! Por más que el Sabio haya lanzado aquella exclamación que todavía resuena en nuestros oídos y cuyo eco no apagará el ruido de todos los siglos: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas!*² la humanidad en masa seguirá corriendo desalada en busca de fortuna, sedienta de bienes temporales, sin que pueda saciarse jamás por mucho que atesore. «No hay límite en el negocio de adquirir.»³ Y lejos de calmarse esta sed, cada día parece que aumenta, á medida que crecen las comodidades. Ni bastan las divinas enseñanzas del cristianismo para refrenar este apetito que se ha hecho más desenfrenado que nunca en nuestro siglo. Hasta ha llegado á erigirse en doctrina la aserción de que la dicha del hombre consiste en poseer muchas riquezas á fin de proporcionarse todo género de goces. Es la consecuencia necesaria del positivismo materialista y ateo. Adoptadas estas horribles doctrinas por una gran parte de la sociedad del siglo, ¿qué ha sucedido? Lo que ha debido suceder. Lo que pinta un orador sagrado en los siguientes elocuentes términos: «Los grandes han pedido más tesoros de los que sus pingües patrimonios les producían, para poder satisfacer las exigencias de un siglo vano. Los traficantes no han encontrado suficiente oro en un comercio lícito, natural y religioso, como Dios lo estableciera en las naciones desde el principio, y han echado mano de la usura, como el medio más apto para alcanzar cuanto deseaban. Los proletarios han suspirado por el oro,

¹ Ps. 143, 15. ² Eccli. 1, 2. ³ Bar. 3, 18.

y, no teniendo capacidad para ganarlo, se han alistado bajo las banderas de falsas escuelas en que se les dijo que no había en el mundo derecho de propiedad, que la tierra era de todos, con otros mil y mil errores que han trastornado el mundo social, y convertido las más populosas ciudades en madrigueras de tigres y leopardos que mutuamente se devoran.»¹

7. He aquí, hermanos carísimos, cómo se verifica puntualmente la sentencia del apóstol San Pablo: *Radix omnium malorum est cupiditas*². Creeríase exageración decir que la codicia es «la raíz de todos los males»; pero ya se comprende que es madre fecunda de muchos y gravísimos pecados, tales como la avaricia ó idolatría del dinero, el fraude ó cualquier injusticia para conseguirlo, la mentira y el perjurio para ocultar hurtos ó lucros indebidos, la dureza de corazón con los pobres, de donde procede la extinción de las obras de misericordia, y, por no alargar demasiado esta enumeración, el homicidio ó el infame asesinato con las circunstancias más agravantes, como se ha visto muchas veces, por arrebatar un puñado de oro, ¿qué digo? una miserable fortuna á personas indefensas en la soledad del campo ó en las tinieblas de la media noche. Pues ¿y las traiciones cometidas por instigación de la codicia, siguiendo al traidor Judas que vendió y entregó á su divino Maestro por la vil suma de treinta dineros? Y ¿no os parece que puede llamarse reo de homicidio á quien, teniendo medios de evitarlo, deja perecer de hambre, inanición y miseria á más de un desgraciado, como sucede hoy mismo entre cristianos, y hasta en la católica tierra colombiana? ¿No es esto llegar hasta un extremo de insensibilidad que raya en la barbarie? Pues tales son los efectos de la insaciable concupiscencia de los ojos. Y ¿qué mayor crueldad, á la par que

¹ Martínez y Sáez, Serm. t. 1.

² 1 Tim. 6, 10.

insensatez, que dejarse morir ellos mismos, los avaros, los esclavos del dinero, los adoradores de mamón, por no gastar ni mermar siquiera su oro escondido y guardado en las entrañas de la tierra? Pero todavía pudieran señalarse otros crímenes mayores, como resultados de esa mala raíz de todas las iniquidades. Dejo á un lado el sacrilegio y la profanación de las cosas y lugares sagrados, perpetrados por bandidos miserables con harta frecuencia y hondísimo pesar de las almas piadosas; y sólo haré mención de otros delitos concernientes al orden social, como la traición á la patria, la desertión de los sanos principios sacrificados al sórdido interés, las revueltas civiles promovidas y fraguadas con pretextos de miras políticas y en realidad por apetito de posiciones y riquezas, con todo aquel horrible séquito de rapiñas, extorsiones, saqueos, depredaciones y hasta incendios. ¿Hay monstruo más horrendo, hermanos míos, que la maldecida concupiscencia de los ojos?

8. ¿Cómo, pues, no ha de corromper el corazón del hombre este apetito, si la razón, iluminada por la fe, no lo modera y refrena? Pero ¿en qué viene á parar la fe del codicioso? Ya lo dice el Apóstol en el pasaje antes citado: «Los esclavos de la codicia naufragaron en la fe y se sujetaron á muchos dolores.» Y es porque, como había dicho antes, «los que quieren hacerse ricos caen en tentación y en los lazos del demonio, y son juguete de mil deseos inútiles y perjudiciales que acaban por hundir á los hombres en la perdición eterna.»¹ El que tiene su corazón puesto en la tierra, ¿cómo ha de tener esa fe que hace suspirar por el cielo? Es evidente que el hombre de mundo y de negocios se quedará á lo más con un fantasma de fe, reducida á vagos sentimientos religiosos, estériles para la salvación. ¡Qué difícil es, decía el mismo Jesucristo, que el rico entre en el reino de los cielos!²

¹ Tim. 6, 9—10.

² Matth. 19, 23.

Y ¿qué diremos de los dolores en que, según el Apóstol, vive envuelto y enredado el codicioso? ¡Ah! son tan numerosos como agudos y penetrantes, al fin como espinas que punzan lastimosamente el corazón¹. ¿Qué remedio, hermanos míos, pudiera curarnos de tan grave y pestilencial dolencia? Pues acaso ningún otro mejor que escuchar la palabra de Dios que nos da la voz de alerta: «¡Hijos de los hombres! ¿hasta cuándo tendréis el corazón apegado á la tierra? ¿Por qué amáis la vanidad y andáis tras la mentira?»² Mentira son los bienes que tanto nos seducen y sacan de sentido, que por eso Jesucristo llama *engañosas* á las riquezas, como observa San Gregorio: *Fallaces divitias appellat*. Y lo son en efecto, dice el santo Doctor, porque ni pueden permanecer siempre con nosotros, ni son capaces de llenar el vacío de nuestro pobre corazón³. ¡Oh! si pusiéramos el oído atento á las inútiles reflexiones de los condenados que están exclamando en medio de su desesperación: «¿De qué no saprovechó la soberbia y la jactancia de nuestras riquezas? ¡Todas aquellas cosas se desvanecieron como la sombra!» *Transierunt tamquam umbra*⁴. ¿Qué imagen tan expresiva? ¿Qué son los falsos bienes de la tierra sino sombras sin realidad ninguna? ¿Cómo, pues, han de colmar el vacío de un corazón creado para la felicidad? Desengañémonos de una vez, hermanos carísimos, y abracemos en un mismo aborrecimiento las concupiscencias de la carne y de los ojos. Ni menos hemos de aborrecer y detestar la soberbia de la vida, tercera fuente de corrupción y de infidelidad, como vamos á ver en postrer lugar.

III.

9. Tan funesta para la fe y las costumbres como las otras dos, esta concupiscencia de honores y excelencia

¹ Luc. 8, 7. 14.

² Ps. 4, 3.

³ Hom. 15 in Luc.

⁴ Sap. 5, 8. 9.

no merece menos detestación y horror por parte de quien atentamente la considera y pondera sus estragos. El Espíritu Santo la estigmatiza con estas palabras proferidas por boca del Eclesiástico: *Initium omnis peccati est superbia*—«La soberbia es principio de todo pecado»¹; y añade: «El que se deja enseñorear por ella se verá lleno de maldiciones y arrastrado al abismo.» Como veis, se ha dicho de la soberbia lo mismo que de la codicia, que es fuente de toda maldad y perdición para el hombre. Pero ¿lo serán en el mismo grado y por igual manera? No, carísimos hermanos; porque la soberbia excede y sobrepaja en malicia á todas las demás concupiscencias y pasiones que nos desvían del amor de los bienes verdaderos. Fué el primer pecado que irguió la frente osada contra Dios en la rebelión de Lucifer; fué el primero que provocó la ira terrible del Omnipotente y excavó los abismos del infierno, creado para castigar su malicia². No puede ser más grande, habiendo sido el pecado de Satanás, el mayor de todos los pecadores. Por manera que el hombre que, emulando á Lucifer, se hace reo de soberbia, contrae una malicia semejante á la del príncipe de los demonios. ¿Puede darse aberración más detestable? Por eso dice la Escritura que la soberbia es tan aborrecida de Dios como de los hombres: es la más execrable iniquidad de las naciones³. Porque, como dice el escritor sagrado, el primer paso del hombre soberbio es apostatar de Dios, apartar su corazón de Aquel que lo crió, y tal fué el pecado de los pueblos gentiles. La soberbia hundió todas las famosas monarquías de la antigüedad, porque el Monarca del cielo destruyó los tronos de los orgullosos é hizo sentar en ellos á los humildes⁴. Es lo mismo que cantó con voz meliflua la Madre de Dios cuando entonaba el

¹ Eccli. 10, 15.

² Matth. 25, 41.

³ Eccli. 10, 7.

⁴ Ibid. 10, 17.

sublime cántico de su humildad: «Depuso de su trono á los poderosos, y ensalzó á los humildes.»¹ ¿Qué mayor malicia que menospreciar á Dios, arrojarle de su trono, usurpando la gloria que á Él únicamente pertenece como único Autor y Dueño de todos los bienes? Pues ésa es la malicia que entraña la soberbia que, según el conocido pensamiento de San Agustín, llega hasta el desprecio de Dios: *Amor sui usque ad contemptum Dei*.

10. Semejante al gran dragón del Apocalipsis², la soberbia encarnada en el mismo Lucifer, tiene siete cabezas y multitud de cuernos, esto es, los siete pecados capitales y sus innumerables ramificaciones. De ella nacen, en efecto, el desprecio del prójimo; la ambición de honores y puestos elevados; la vanidad ó deseo inmoderado de aplausos y alabanzas; la vanagloria por las buenas cualidades que se poseen y los felices resultados que se obtienen, atribuidos á la propia industria y suficiencia, no á Dios; la ostentación de los bienes que se tienen, mayormente del talento, del poder y las riquezas; la presunción y temeridad; la hipocresía; la desobediencia y dureza de juicio; la rebelión contra la autoridad; la ira y tantos otros desórdenes, que fuera interminable su enumeración. Ahora bien, hermanos carísimos, ¿no está inundado el mundo de este cieno corruptor de la soberbia? ¿Qué otra cosa es, en su quintaesencia, el espíritu de la sociedad moderna sino orgullo y rebeldía? ¿Cuál es el grito de la revolución anticristiana sino el mismo de Luzbel: *Non serviam*³? ¿Qué se ha hecho de la humildad cristiana? Entre tanto el orgullo es el peor enemigo de la fe. «¿Cómo podéis creer», decía Jesucristo á los fariseos, «vosotros que os glorificáis mutuamente y no buscáis la gloria que sólo viene de Dios?»⁴ Por eso invade el mundo el día de hoy la co-

¹ Luc. 1, 52.² Apoc. 12, 3.³ Ier. 2, 20.⁴ Io. 5, 44.

rrupción pagana, como justo castigo de la soberbia entronizada en todos los espíritus. ¿Quién no ve que se está verificando lo que, según escribe San Pablo, aconteció á los sabios del paganismo, que por no haber glorificado á Dios, á pesar de haberle conocido, los entregó al réprobo sentido, á los deseos desordenados de su corazón y á toda suerte de vergonzosos pecados?¹ Detestemos, hermanos míos, la arrogancia y el orgullo. Detestemos todas las concupiscencias que nos arrastran á la corrupción. Pero no queramos tampoco lo imposible: amar al mundo y permanecer limpios de corazón. Acordémonos de que el mundo pasa como una figura de teatro, y pasan con él todas las concupiscencias. Sólo el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente².

TERCER SERMÓN.

Los vanos juicios del mundo.

Et mundus totus in maligno positus est.

1 Io. 5, 19.

1. ¡Ojalá pudiéramos decir con verdad, hermanos carísimos, aprovechando las gracias de este santo Jubileo, lo que decía, refiriéndose al triunfo de su pasión y muerte, nuestro divino Salvador: «Ahora es el juicio del mundo: ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo»³! ¡Ojalá que, iluminados por la luz de Dios, supiésemos juzgar al mundo y, en consecuencia, arrojásemos de nuestro corazón al demonio, lanzando de nosotros el pecado! Pero ¡ah! que desgraciadamente acontece á muchos, á los más de los pecadores, los mundanos, lo que á los judíos á quienes se dirigía Jesucristo, que carecen de luz:

¹ Rom. 1, 21 et sqq.² 1 Io. 2, 17.³ Io. 12, 31.